

Sumario

Llama la atención saber que en nuestra vida corriente, el lenguaje sobre la Trinidad de Dios se hace presente de manera constante, aunque en la práctica se note una separación entre la fe que profesamos y la vida trinitaria en nosotros. Junto con darle la importancia a la catequesis, también resalta la tarea de la familia como ámbito que construye la primera experiencia de cotidianidad humana.

**El misterio de la
Santísima Trinidad en
nuestra vida ordinaria
retos para la
catequesis**

Mons. Diego Padrón

*Obispo de Maturín, Venezuela
Presidente del DECAT - CELAM*

Llamo “vida ordinaria” a la de cada día en su dimensión profana: vida de familia, de trabajo, de diversión, etc., aun cuando tengo presente que para el cristiano esa “vida ordinaria” es precisamente el primer ámbito de culto a Dios (cfr Rom 12,1). Quiero, no obstante, establecer una distinción entre el quehacer diario de un cristiano común y su actividad religiosa, cultural, espiritual. Con frecuencia hay un divorcio entre ellas.

Ante el III Milenio la Iglesia no se ha quedado en la superficie. Por Jesucristo ha buscado conocer más al Padre (cfr Jn 14,7), se ha dirigido al centro, Dios. Ha reeditado una vez más la revelación evangélica: Dios en su misterio íntimo es una comunidad de personas, no un ser solitario.

El Papa Juan Pablo II, como el gran catequista de la Iglesia en este fin de siglo, generó desde el inicio de su Pontificado un proceso de catequesis trinitaria invitando insistentemente a los creyentes a redescubrir el verdadero rostro de Dios: el Padre, rico en misericordia; el Hijo, redentor del hombre y el Espíritu Santo, Señor y dador de vida. La Encíclica “*Tertio Millennio Adveniente*” junto con el Pregón “*Incarnationis Mysterium*” ha sido el hilo conductor de este proceso catequístico durante la preparación y la realización del Año Jubilar: “El objetivo del Jubileo será la glorificación de la Trinidad, de la que todo procede y a la que todo se dirige en el mundo y en la historia” (No. 55).

452

Nuestro lenguaje sobre la trinidad

Cuando hablamos de la Santísima Trinidad el más alto de los misterios estamos obligados a echar mano de un vocabulario de otro nivel, de carácter filosófico. Sin embargo esto no me parece

extraño, porque al fin y al cabo cuando hablamos de la divina Trinidad lo que hacemos es explicitar el dato revelado y sabemos que la filosofía ayuda a poner claridad y precisión en las cuestiones difíciles. El uso de la filosofía como "*ancilla theologiae*" nos viene de los Santos Padres y de la Edad Media.

Pero si el recurso a la filosofía constituye una solución a una dificultad de lenguaje, por otra parte representa un problema en cuanto que influye en la mentalidad o en la conciencia del pueblo cristiano: le hace experimentar ante todo la distancia del misterio. Se comprueba fácilmente en el plano de la pastoral catequética que a la mayoría de nuestros cristianos el misterio por excelencia, el que es fuente de todos los misterios, los deja indiferentes. Que sean una o tres personas divinas no altera su acto de fe. En la práctica, para esa mayoría, creer en un solo Dios, es creer en una sola persona divina aun cuando se santiguen en nombre de las tres. Parece —escribe Bárbara Andrade— que en nuestra vida de fe Dios no es "trino", sino monádico. El que sea un solo Dios en tres personas sólo se transparenta en la liturgia; la experiencia de fe de muchos fieles es modalista: pareciera que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son intercambiables. Pero si esto es así, no se capta el dinamismo de la liturgia cristiana que quiere llevar al creyente "en el Espíritu Santo por Cristo al Padre". La pregunta es si todavía puede hablarse de fe cristiana. Se da la impresión de que el hablar de Dios está condicionado histórica y culturalmente de tal manera que todo el acento recae sobre cómo es Dios en sí mismo y no sobre quién es *para nosotros*. Esta manera de hablar de Dios, aunque fuera cristiana, aleja a Dios de los hombres a tal grado que éstos ya no se sienten interpelados. Si por otro lado, se dibuja la imagen de un "Dios" autoritario y arbitrario, los hombres sienten la necesidad de rebelarse contra él, porque no pueden menos que creer que "Dios" quiera impedir que se conduzcan según su autonomía humana y que los obliga a volver al paradigma finalmente superado de una autoridad absoluta. Si la palabra "Dios" se usa con una "tremenda falta de contornos", es por lo menos posible preguntarse si no hay veces cuando se dan a la palabra unos contornos que provocan el rebazo del significado depositado en ella (Andrade, Dios en medio de nosotros 22-23).

Como respuesta a este reto del lenguaje sobre Dios está la experiencia de la Iglesia primitiva. La iniciación cristiana en esos

siglos tuvo una notable dimensión trinitaria, pero la presentación del misterio no era una formulación dogmática abstracta, sino, siguiendo a San Pablo, una confesión de fe; no la revelación en primer lugar del “en sí” de las tres personas cuanto la manifestación de lo que Dios Trino quiere ser para el hombre.

Lenguaje y pedagogía son el primer reto de la catequesis.

La imagen divina del hombre

La persona humana es imagen de la Santísima Trinidad. Este es un dato revelado (Gn 1,26). El Nuevo Testamento leyó a la luz esplendorosa de la victoria pascual el relato del Génesis. Cristo es la imagen del Dios invisible (Col 1,15). En él es creado de nuevo el hombre, o recreado, a imagen del Creador (Col 3,10; Rom 8,28). Esta es la visión cristiana del hombre, una visión trinitaria, igual que la de toda la creación, de la que el hombre es su máximo exponente.

El hombre—dice Bruno Forte— es imagen de Dios trinitario en cuanto ha sido creado por medio del Hijo, en orden a él y en él (cfr Col 1,15-17).

... El hombre es imagen de Dios en razón de su capacidad de acoger el amor.

... Está constitutivamente hecho para amar, capaz de amar, llamado a donar amor en gratuidad ... amando, el hombre reproduce en cierta medida el originario beneplácito creador: “Todo amor en sus relaciones con un ser humano en una reproducción del amor creador de Dios (B. Forte-n. Silanes, La Trinidad, programa social del cristianismo, 104-105).

454

Ser imagen de Dios (Gn 1,28) y ser partícipe de su naturaleza divina (2 Pe 1,4) son el fundamento de la dignidad y grandeza de la persona humana, la fuente de sus derechos inalienables y de sus correspondientes deberes. Ningún pecado o delito puede anular tales derechos.

El que yerra no puede por ello ser despojado de su condición de hombre, ni automáticamente pierde jamás su dignidad de persona, dignidad que debe ser tenida siempre en cuenta. (Juan XXIII, Pacem in terris, 150).

La catequesis sobre la dignidad de la persona humana es un reto permanente de toda la Iglesia,

Ella por medio de una catequesis en la que la enseñanza social de la Iglesia ocupa su puesto, desea suscitar en el corazón de los cristianos “el compromiso por la justicia” y la “opción o amor preferencial por los pobres” de forma que su presencia sea realmente luz que ilumine y sal que transforma (DGC 17).

El ámbito de la familia

La familia es la primera experiencia de cotidianidad humana. En su seno se experimentan las primeras relaciones humanas y las primeras pruebas de amor.

La familia humana está calcada sobre la familia divina. La Trinidad es la “Familia original” y la familia humana su ícono (XXIX Semana de Estudios Trinitarios, 11). En ella se dan los signos de Dios uno y trino: unidad y pluralidad, diálogo, comunión y amor.

Es cierto que el sentido literal del texto Gn 1,26-27 –explica Bruno Forte– no autoriza una interpretación trinitaria del mismo ... Pero si no tiene un sentido plural trinitario el término “a quo” o el “hagamos”, si lo tiene el término “ad quem” o el “hombre”, objeto de las palabras de Yahvé. Según S. Von Rad, la palabra hebrea “adam” (hombre) es un colectivo, que por ende nunca es empleado en plural y propiamente significa “humanidad” ... Dentro de una concepción histórico-salvífica de la salvación, hay que entender que este texto entraña en embrión toda la teología de la Familia y de la Comunidad de la Iglesia, que aparecerá en el Nuevo Testamento como Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo ... (o.e. 41-42).

El Papa Juan Pablo II afirma en el mismo sentido:

A la luz del Nuevo Testamento es posible descubrir que el modelo originario de la familia hay que buscarlo en Dios mismo, en el misterio trinitario de su vida. El "Nosotros" divino constituye el modelo eterno del "nosotros" humano, ante todo de aquel "nosotros" que está formado por el hombre y la mujer, creados a imagen y semejanza divina (Carta a las Familias, 6).

Pero la familia es hoy una institución en crisis. Lo reconoce el mismo Papa:

La familia en los tiempos modernos ha sufrido, quizás como ninguna otra institución, la acometida de las transformaciones amplias, profundas y rápidas de la sociedad y de la cultura (Familiaris Consortis, 1).

Es esa familia concreta, con sus luces y sus sombras, la que necesita ser constantemente evangelizada y catequizada mediante la catequesis de adultos. Este es el reto. Así la familia llegará a ser "lugar de catequesis único". Lugar en que se transmite el evangelio enraizándolo en el contexto de profundos valores humanos. Sobre esta base humana, es más honda la iniciación en la vida cristiana" (cfr DGC, 255).